



Pacorita

Según Martín Adán, los locos están en la calle y los cuerdos en el manicomio. Pacorita y su pañuelo rojo no están ni dentro ni fuera, sino en el recinto donde se alojan los recuerdos más remotos y entrañables.

Escribe: Alberto Alarcón
Ilustraciones: Cristian Palacios

Hoy recordaré a uno de los loquitos de mi infancia, en Talara, cuando esta ciudad era una réplica de los villorrios de la Norteamérica del sur: casas de ladrillo expuesto, alineadas de dos en dos, con un amplio jardín y un corredor con hamaca; casas separadas por arena muerta, con amplias ventanas y techos planos, desde donde los niños nos arrojábamos en un juego prohibido que aunaba el miedo a la altura y la alegría de caer sin hacernos daño.

¡Ah, los loquitos de mi infancia! Ellos y las primeras travesuras, los primeros amigos, los primeros amores, los lugares donde ocurrían las leyendas de terror contadas por los padres, los sitios peligrosos que atraían como un vaho de serpiente, forman parte de ese retablo maravilloso que son los recuerdos de la infancia. Mis loquitos de esta época son dos: la María Cajetas y Pacora, o mejor Pacorita, como lo llamaba mi madre.

La María Cajetas era una mujer cuarentona y enjuta, cuya obsesión era rodearse de grandes cajas de cartón, de esas que los comerciantes botaban en las puertas del mercado luego de vaciarlas de su contenido. La recuerdo vestida siempre de blanco, peinada con un moño impecable y dos alegres chavelitas sobre una de sus orejas, rodeada de sus cajetas y sentada sobre un banco paticojo, con los brazos cruzados, como una novia lista para su viaje de bodas. Era una loquita sin delirios, serena, dedicada sólo a mirar el paso del tiempo y de los transeúntes, ajena a todo. Parecía una extraña virgen cartonera en el centro de una ciudad sonámbula, sobre cuyo cielo pasaban, de rato en rato, bandadas de cormoranes que partían del mar. Pero no abundaré sobre ella, dejémosla allí, con sus ojos pequeñitos mirando para adentro, y pasemos a ocuparnos de Pacora, o mejor Pacorita, como lo llamaba mi madre.

Mi barrio, o parque como se llamaba entonces, era el 73. Allí empezaba la pequeña ciudad de Talara que terminaba casi a orillas del mar. Sobre mi barrio se levantaba un gran acantilado conocido como el Tablazo, ahíto, arriba, de pedregones amarillentos, y de blancas dunas cerca de nuestras casas. A la izquierda, pasando la carretera que bajaba de El Tablazo: una gran extensión de arena, con pequeños trechos gredosos, donde imperaban grandes arbustos de vichayos y unos cuantos algarrobos. Ese era el lugar donde los mozalbetes, desobedeciendo a nuestros padres, íbamos a cazar lagartijas o a hornear camotes mientras conversábamos sobre cosas reales o inventadas. La arena era suave como el seno de una madre, la sombra un alivio de

la canícula, y el aire que arrojaban los algarrobos o el ir y venir de las hojas de los vichayos una invitación a la siesta placentera. Allí, sin embargo, éramos furtivos invasores, pues ese era el reino de Pacorita. Allí, en el más grande y frondoso de los vichayos, vivía él, ermitaño y silencioso. Lo veíamos salir muy temprano y regresar a su arbusto cuando la tarde empezaba a morir.

Tiempo después, me enteraría de que Pacora es un pueblo de Lambayeque; que de ese pueblo de chirimoyales había llegado Pacorita a Talara, y que por eso lo llamaban así. Si bien era lambayecano, comentaban algunos, no había llegado por tierra sino por mar, pues había sido marinero en uno de los muchos barcos cargueros que llegaban al puerto. Sea como sea, al amanecer, se lo veía desde lejos, al pie de su vichayo, alistándose para salir a recorrer las calles de Talara. Empezaba por mi barrio y se detenía en mi casa, donde mi madre le obsequiaba el humeante café del desayuno. Pacorita vestía con un terno que alguna vez había sido azul o negro, y ahora solo una prenda ruinosa, desleída, llena de parches y zurcidos. Lo curioso en él era el pañuelo rojo con el que se cubría la boca, sin quitárselo nunca. Este detalle era un misterio que todo el mundo quería desentrañar. Se corrían historias; unos decían que la lepra le había deformado la boca, y otros que la sífilis. Ninguno de ellos, sin embargo, podía demostrarlo. Pacorita, como la María Cajetas, era un loquito afásico, taciturno. Cuando llegaba a mi casa y extendía su cacharro para recibir el desayuno, nunca hablaba, sólo agradecía con una inclinación de cabeza, luego se ponía de espaldas, levantaba el pañuelo con sus manos extrañamente pintarrajeadas, y empezaba a beber. En cuanto terminaba, guardaba el cacharro y los panes sobrantes en una alforja descolorida y se perdía por las calles de la ciudad.

Poco a poco, Pacorita y su pañuelo rojo se fue convirtiendo en una obsesión, no sólo para mí sino también para mi patota del barrio, especialmente para Yoyo Torres, el mayor de nosotros y nuestro líder. En cierta ocasión, Yoyo lo había seguido, sin dejarse notar, durante todo un día. “Almorzó en Acapulco y hasta chupó naranjas, pero no se deja ver la boca”, nos contó desalentado. Acapulco era el barrio de las picanterías, a unos cuantos metros del mar. Un domingo soleado, Yoyo y El Dormido Guerrero lo vieron abandonar la ciudad y dirigirse por unos arenales al lugar de los pecados: La Quebrada, un prostíbulo al aire libre, donde las mujeres ofrecían sus servicios sexuales debajo de unos algarro-

bos, cubiertos apenas con unas cortinas de plástico. Lo siguieron y, por la noche -en el corredor de mi casa- nos contaron que Pacorita se había limitado a mirar a las mujeres en el momento de exhibir sus cuerpos a los parroquianos. “Todo el rato estuvo sentado con unos cartones en la mano -dijo El Dormido Guerrero-, recién como a las cuatro de la tarde se retiró”.

El vichayo donde vivía Pacorita era igualmente un lugar prohibido. Nuestros padres lo habían determinado así y nosotros no comprendíamos por qué. Pero íbamos a escondidas, y una vez allí mirábamos de lejos el vichayo vedado, intrigados por saber qué había bajo su sombra. Una añeja camisa amarrada sobre el arbusto, flameando con el aire de los días, era la marca con la que Pacorita señalaba su posesión.

Hasta que nuestra paciencia rebalsó. Una tarde, después del almuerzo, Yoyo nos propuso ir al lugar y revisar “la casa” de Pacorita. A esa hora nunca estaba él, almorzaba en Acapulco y luego se iba a la playa, cerca del muelle, donde se sentaba a mirar el mar, los barcos cargueros y el vuelo lento de los cormoranes. Aprovechando la situación, los cinco mozalbetes del barrio, con Yoyo a la cabeza, nos deslizamos al descampado. Ya en el lugar, nos dirigimos al vichayo de Pacorita. Era grande, y por dentro estaba podado como para crear un recinto natural. Se respiraba fresca y al mismo tiempo el humor de lo habitado. Al pie del tronco principal yacía una maleta descuajeringada donde el loquito guardaba su ropa. Junto a ella, una botella de agua, una sucia muñeca dormilona y dos naranjas, su fruta favorita. La cama era un hoyo cubierto de cartones y su manta un poncho vetusto que encontramos envuelto, a modo de cabecera.

Estábamos a punto de retirarnos cuando sentí bajo mis pies una porción de tierra fofa. Se trataba, sin duda, de un entierro. Al excavar, nos topamos con un arcón viejísimo amarrado con soguillas, y dentro de él, sobre una apretada pila de cartones, una bolsa con lápices de carbón, lápices de colores y una latita de acuarelas. Los cartones eran rectangulares y estaban perfectamente cortados. Cuando los volteamos, todos nos miramos sorprendidos. En cada uno de ellos, Pacorita había plasmado un dibujo o una pintura, con trazos realmente singulares. Ahí estaban dibujadas o pintadas las meretrices de La Quebrada, con sus pechos desnudos y sus pubis oscuros; alegres, desafiantes. Las líneas y los colores parecían vibrar; trasminaban la lascivia de las mujeres y el frescor de

la sombra que arrojaban los algarrobos sobre sus frentes. En otros cartones, había barcos dibujados desde diversos ángulos; proas, anclas y escobenes en primer plano. Y en otros: cromáticos pájaros pamperos, marineros bebiendo y bandadas de cormoranes. Pacorita, a no dudarlo, era un artista; había perdido la razón y el habla, pero no su destreza para atrapar lo bello. Mirando esos cartones, asombrados, no nos percatamos de que la tarde comenzaba a caer. Pacorita llegaría en cualquier momento. Yoyo y el zambo Luzuriaga intentaron separar cuatro cartones con la intención de robárselos. Molesto, puse mis manos sobre ellos y los devolví a su lugar. Ni Yoyo ni el zambo Luzuriaga me dijeron nada, solo agacharon la cabeza, y luego, todos juntos, sin hacer comentarios, regresamos al barrio.

Esa fue mi primera gran exposición de pintura. Sin etiqueta, sin ceremonias. La llevé siempre dentro de mí como un vernissage itinerante, como una fiesta de formas y colores que alegró mis momentos más amargos y mis días de nostalgia. Ah, Pacora, Pacorita, tú y tu arcón enterrado en un vichayo me enseñaron a contemplar la vida con los colores de lo humano y lo sublime. Nunca dejaré de recordarte, con tu pañuelo rojo sobre la boca y bebiendo, de espaldas a nosotros, el humeante café con que mi madre te esperaba cuando el alba irrumpía, y los niños, somnolientos y desganados, preparábamos nuestros bolsos para ir a la escuela.

